

A PROPÓSITO DE UN CINEASTA POSMODERNO: EL TEXTO-EGOYAN Y SUS ECOS NIETZSCHEANOS

Tecla González Hortigüela
Universidad de Valladolid

*«Lou me preguntó cuando estaba entre sus brazos:
¿Te gustaría que esto se repitiera una vez más, eternamente?
Transformar la sagrada idea del eterno retorno en un perpetuo orgasmo,
el rajante éxtasis de Dionisio, era un concepto esencialmente femenino.
Friedrich Nietzsche*

A lo largo del presente escrito nos proponemos pensar algunas de las líneas matrices del actual estado civilizatorio al que venimos denominando posmodernidad –y que, tal y como señala González Requena, constituye el efecto de la propagación de los discursos de la deconstrucción– aproximándonos a la obra del cineasta canadiense Atom Egoyan al calor de los ecos que ésta presenta con el pensamiento del filósofo que se erige en referencia fundamental del movimiento deconstructivo: Friedrich Nietzsche.

Focalizaremos, para ello, nuestra atención en dos de los ejes esenciales del pensamiento nietzscheano, a saber, la muerte de Dios y la doctrina del eterno retorno¹, así como en sus múltiples resonancias con la lógica textual egoyanesca para lo que hemos tomado como referencia en el que consideramos es uno de sus filmes más significativos: *The adjuster* (*El liquidador*, 1991).

NIETZSCHE Y EL «SENTIDO DE LA TIERRA»

Con la muerte de Dios postulada por Nietzsche –«Bajo los nombres más sagrados extraje las tendencias destructivas; se ha llamado Dios a lo que debilita, a lo que enseña debilidad, a lo que infecta debilidad.»²– adviene la inevitable entronización de diosas mucho más antiguas que en la obra del filósofo prusiano encuentran su máxima expresión en la Gran Madre Tierra, el seno del que surge todo lo que nace.

Escuchemos cómo nos ruega Zaratustra que permanezcamos fieles a la Madre Naturaleza ahora que Dios ha muerto: «¡Yo os conjuro, hermanos míos, per-

*manecer fieles a la tierra y no creáis a quienes os hablan de esperanzas sobreterrenales! Son envenenadores lo sepan o no.»*³

Porque es de ella, de la tierra, de donde nace el superhombre y de donde procede la voluntad: *«¡Mirad, yo os enseño el superhombre! El superhombre es el sentido de la tierra.»*⁴ Porque es a ella, a la tierra, a la que debemos rendirle todos los honores: *«El yo aprende a hablar con mayor honestidad cada vez; y cuanto más aprende, tantas más palabras y honores encuentra para el cuerpo y la tierra.»*

Porque, en definitiva, es ella quien encarna y define las virtudes *«una virtud terrena es la que yo amo...»*, es a ella a quien debemos aprender a amar⁵: *«¡Ojalá hubiera permanecido en el desierto, y lejos de los buenos y justos! ¡Tal vez hubiera aprendido a vivir y a amar la tierra!»*

Tal y como ha puesto de manifiesto el filósofo Eugen Fink, «la balanza de la existencia no se encuentra ya en la mano de Dios; a partir de su muerte todo ofrece un aspecto nuevo; la tierra es el último criterio; la gran prueba y el gran examen de todas las cosas humanas se realizan con fidelidad a ella.»⁶ Por ello, considera Nietzsche que el superhombre, que conoce la muerte de Dios ha de volver a la tierra, cumbre suprema de la libertad humana, con la misma pasión que antes dedicaba el hombre al mundo del más allá; pues donde se hallaba antes Dios para el hombre prisionero de su autoalienación se encuentra ahora la tierra: *«En otro tiempo el delito contra Dios era el máximo delito, pero Dios ha muerto y con El han muerto también esos delinquentes. ¡Ahora lo más horrible es delinquir contra la tierra y apreciar las entrañas de lo inescrutable más que el sentido de la tierra!»*⁷

Y si contra ella, contra la tierra, no se puede delinquir es porque de ella procede la verdad, la razón y la felicidad⁸: *«¿Qué busco yo aquí?, respondió aquel: lo mismo que tú, ¡jaguafiestas!, a saber, la felicidad en la tierra.»*; felicidad, piensa Nietzsche, que desde que se conoce la muerte de Dios no se puede buscar en el más allá pues esto entrañaría una infidelidad a la tierra, un desprecio al cuerpo y un vencimiento de lo terreno y de lo sensible, ya que es del *«sentido de la tierra»* de lo que habla el cuerpo, tal y como nos dice Zaratustra en *De los transmundanos* y *De los despreciadores del cuerpo*: *«Hay más razón en tu cuerpo que en tu mejor sabiduría.»*⁹

LA EMERGENCIA DE LAS DIOSAS MADRES ARCAICAS

Demolido, así pues, el Dios patriarcal hubieron de emerger diferentes prefiguraciones de divinidades maternas que continúan hoy reinando en numerosos textos de nuestra posmodernidad —piénsese, por ejemplo, en *Léolo* de Jean-Claude Lauzon, en *Saraband* de Ingmar Bergman o en *Volver* de Pedro Almodóvar— y que en el universo de Atom Egoyan han adoptado la forma de Diosas madres arcaicas insaciables, gozadoras e incestuosas.

Atendamos, pues, al caso concreto de *The adjuster*.

Ahí están: Hera, la Diosa de la fertilidad perteneciente a un mundo inexpugnable, cerrado e incestuoso.



Seta, la Diosa loca y refulgente que fascina a Bubba, el cineasta.



Mimi, la Diosa perversa, insaciable y gozadora que incesantemente amenaza con explotar.



Lorraine, la Diosa incestuosa, gélida e indestructible a la que Noah se entrega.



Arianne, la Diosa que un día dejó que su casa ardiera en un incendio para que algo cambiase.



Y, por último, la ardorosa Diosa de lo pornográfico que desde su particular altar en permanente contracampo goza sin cesar: *«Dije que lo llamas. ¡Lámelo todo, basura! Así es. Mira lo que tengo para ti. Tu juguete favorito. ¿Se siente bien, papi? ¡Dime que se siente bien papi!»*

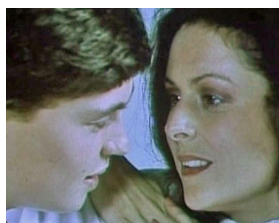


Diosas, todas ellas, qua exhalan fuego por cada uno de sus poros: un fuego hipnótico, abrasador, incontenible y aniquilador; un fuego, en última instancia, incestuoso —y es que, es preciso subrayarlo, el universo de las Diosas es un universo incestuoso, pues nada, ninguna instancia tercera, paterna, ha hecho posible la entra-

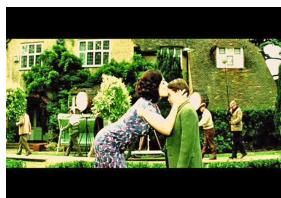


da al mundo de la diferencia, es decir, al mundo sexuado exogámico.

Nos encontramos, de tal suerte, ante un universo herméticamente cerrado sobre sí mismo en el que todo se funde y se confunde por la vía de la identificación imaginaria: cristaliza aquí la fantasía incestuosa que constituye la matriz del universo perverso que Egoyan pone en escena en todos y cada uno de sus films: en *Next of Kin* entre hermanos, en *Family Viewing* entre madrastra e hijo, en *Speaking Parts* de nuevo entre hermanos,



... en *Exotica* entre padre e hija, en *Felicias's journey* entre madre e hijo, en *Ararat* entre hermanastros.



—Personajes, todos ellos, perdidos, indefinidos, permanentemente desplazados.

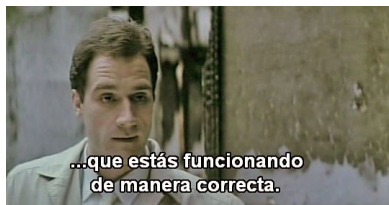
LA BÚSQUEDA

Ahora bien, y bajo el reinado de las Diosas, ¿qué hacen los personajes masculinos de *The adjuster*?

Pues ellos, Noah y Bubba, tratan desesperadamente de ponerse al abrigo de la angustiada amenaza de nadificación que les oprime y buscan algo, alguna identidad, algún tipo de familia,

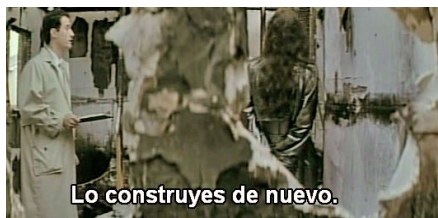
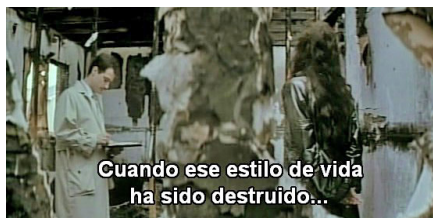


... algún tipo de «normalidad», algo con lo que sentir que «están funcionando de manera correcta»,



... algo, en definitiva, con lo que huir de su inminente desintegración —y ahí existir, ser.

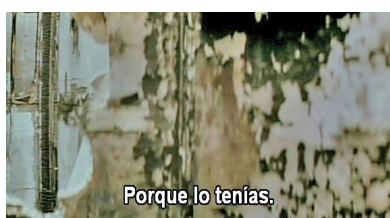
¿Cómo? Como le explicó Noah a Arianne: volviendo a «*construir*» aquello que «*ha sido destruido*»,



... buscando restablecer «*lo que era*».



¿Por qué? Porque, literalmente, ellos «*lo tenían*».



Y ¿qué tenían? No hay duda, el calor de una madre: una madre que arruma a su pequeño mientras le canta una cálida, envolvente y asfixiante canción de cuna: «*El chico yace, muy cerca de mi corazón, el día entero.*»



Pero una madre, eso sí, que no conoce límite alguno; una madre obscena, insaciable e incestuosa que se desnuda para sus pequeños.



Vemos, así, como el retorno a un tiempo mítico y perdido, propiamente incestuoso, comparece como la única vía posible de localizarse, de sentirse, de ser. Ahora bien, ¿podrán Noah y Bubba sostenerse en esa suerte de retorno al tan ansiado seno nietzscheano del que surge todo lo que nace?

DESINTEGRACIÓN

La muerte del Dios Padre, el radical desbaratamiento de la Ley y, con ella, del orden simbólico, deja su lugar a las magmáticas Diosas madres arcaicas al precio de que ninguna experiencia, nada perteneciente al ámbito experiencial, real, pueda entrar en los cauces del lenguaje y, así, pueda ser simbolizado; ¿cómo, entonces, no iba a devenir inevitablemente cualquier retorno al lugar del origen en el lugar mismo de la aniquilación?

Y es que sin la Ley del padre la configuración del cuerpo de la mujer como espacio interior y sagrado se torna imposible y se convierte en su justo reverso: espacio de la abyección¹⁰ –de la insaciabilidad, de la suciedad, de la repugnancia; el desmoronamiento final es inexorable.



Todo circula alrededor de una rueda infernal que retorna eternamente a un mismo punto: la «cosa materna»¹¹, el lugar del origen y de la destrucción, el adentro, deseable y terrorífico, fascinante y abyecto, del cuerpo de la mujer, polo de atracción y de repulsión, núcleo del goce, que, en *The adjuster*, es definitivamente localizado en el interior de la casa piloto.



Casa de la familia incestuosa y de la que procede aquella nana,

tan penetrante, tan intolerable, que ya escucháramos, pues ¿no fue allí, instantes antes de que todo ardiera, donde Mimi le cantó por última vez a su pequeño: «*Te estremeceré. Te abrazaré. Te estremeceré.*»?



Casa que, anotémoslo, no es sino la casa de los padres de Egoyan, que, tras arder en un incendio, localiza la génesis misma del film, tal y como le contó el propio cineasta a Amy Taubin un año después del estreno de la película: «*La nochevieja de 1989 la casa de mis padres fue devastada por un incendio. Tratamos el asunto con un perito de la agencia de seguros y yo estaba impresionado por el poder que tenía sobre la reconstrucción material de nuestras vidas. (...) Era un profesional, un tipo normal, pero empecé a pensar que pasaría si estuviera atravesando una mala racha y no supiera cómo evaluar su propia vida.*»¹²

Casa, en suma, del origen, en la que tiene lugar una escena primaria mortífera y aniquiladora: una escena en la que, ante la ausencia de toda figura paterna capaz de contener el fuego —de lo femenino— adviene el pánico, el vértigo, la desintegración: no hay nadie que aplaque el fuego de la Diosa.

Surge, entonces, una pregunta: «¿*Estás dentro o estás fuera?*»



Es ahí, en ese juego oscilatorio entre el adentro y el afuera, entre lo real y lo imaginario, donde se encuentran atrapados los personajes masculinos del film –personajes en los que, claro está, Egoyan no duda en reconocerse–: Noah, el liquidador, y Bubba, el cineasta, uno fuera y otro dentro, uno en el lugar de la irrealización y el otro en el lugar de la aniquilación, uno viviendo a distancia de la escena y el otro desintegrándose en ella.



Lo estamos viendo: Noah queda ahí, completamente imantado, electrizado, poseído por el fuego que, en el interior de la casa, abraza a Bubba, le asfixia, le aniquila.



El movimiento de atracción-repulsión que ha regido toda la escritura de *The adjuster* alcanza aquí su paroxismo final: alejarse del fuego, acercarse, taparle, tocarle –sólo queda el contacto fulgurante e insoportable con el fuego.



Pero ¿por qué está radical imposibilidad de proyectar sentido más allá de la mirada subjetiva de esta mano?, es decir, ¿por qué esta radical imposibilidad de que el relato alcance su clausura?

EL TIEMPO DEL ETERNO RETORNO

Sabemos que una de las consecuencias del radical vacío dejado por el desmonomamiento del Dios Padre es que nada, ninguna instancia tercera, viene a intro-

ducir simbólicamente la Ley fundamental a la que estamos sometidos: el tiempo y, con él, la muerte; y así, sin el saber –sin el sabor– del tiempo, de su ineluctable irreversibilidad, la escritura egoyanesca se ve arrastrada por una suerte de ciclo incondicional, infinitamente repetido, que lo envuelve todo en un escalofriante –y, en ocasiones, siniestro– halo de irrealidad: estamos, no cabe duda, en el tiempo del eterno retorno nietzscheano.

Tomando como hilo conductor tanto las enseñanzas de Zaratustra –pues, como el propio Nietzsche afirma en *Ecce homo*, la doctrina del eterno retorno es el pensamiento fundamental de Zaratustra¹³– como las principales obras que los filósofos Gilles Deleuze¹⁴ y Eugen Fink¹⁵ han dedicado al filósofo prusiano, podemos diferenciar las dos grandes caras que presenta el eterno retorno nietzscheano: tenemos, por un lado, el eterno retorno de lo mismo que corresponde al «Zaratustra enfermo» y, por otro, el eterno retorno selectivo de un «Zaratustra convaleciente y casi curado.»¹⁶

LA PESADILLA NIETZSCHEANA

Lo que hace que Zaratustra enferme, nos dice Deleuze, es precisamente la idea del ciclo, la idea de que todo regrese, de que lo mismo regrese. Pero ¿quién mejor que el propio Nietzsche para hablar de esa insoportable y angustiante vivencia de aniquilación que late en su concepción del eterno retorno de lo mismo? Démosle a él, pues, la palabra:

El peso más pesado –Qué pasaría si un día o una noche se introdujera a hurtadillas un demonio en tu más solitaria soledad para decirte: Esta vida, tal como la vives ahora y la has vivido, tendrás que vivirla no sólo una sino innumerables veces más; y sin que nada nuevo acontezca, una vida en la que cada dolor y cada placer, cada pensamiento, cada suspiro, todo lo indeciblemente pequeño y grande de tu vida habrá de volver a ti, y todo en el mismo orden y la misma sucesión –como igualmente esta araña y este claro de luna entre los árboles, e igualmente este momento, incluido yo mismo. Al eterno reloj de arena de la existencia se le dará la vuelta una y otro vez –¡y tú con él, minúsculo polvo en el polvo!¹⁷

¿No da la impresión de que Nietzsche quisiera expresar una arrebatadora visión interna que le oprime y que cobra la forma de una aplastante vivencia de desrealización? ¿Y no leemos en el universo egoyanesco algo de esta perturbadora e inapelable «verdad» que atrapa e invade al filósofo? ¿No resuena acaso la latencia de estas estremecedoras palabras en las numerosas veces que hemos visto a Noah acudir al lugar del siniestro y contemplar el fuego junto a sus desvalidos clientes?



Efectivamente, si traemos esta pesadilla¹⁸ nietzscheana es porque consideramos que vibra poderosamente sobre el universo de Atom Egoyan que se ve, diríase, insistentemente gobernado por un movimiento en virtud del cual los acontecimientos se repiten, mecánica y angustiante, una y otra vez.

Pensemos, por ejemplo, en *Calendar*, donde Egoyan lleva este mecanismo hasta su paroxismo zambulléndonos, como también lo hiciera en *The adjuster*, en el interior de una inequívoca atmósfera kitsch donde las vivencias se presentan como simple simulacro, sucedáneo o sustitución de una experiencia única, originaria e irremediablemente perdida —una causa primera y totalizante.



LA ALEGRÍA NIETZSCHEANA

Pero si la temática nietzscheana de la repetición permanece en un principio ligada a la categoría fundamental del retorno de lo mismo —retorno que es experimentado como un castigo que ha de soportarse, tal y como expresaba el aforismo 341 de *La ciencia jovial*— más tarde «Zaratustra reconoce que, estando enfermo, no había comprendido en absoluto el eterno retorno»¹⁹, no había captado su «alegría».

Al final de su escrito *De la visión y el enigma*, cuando Zaratustra despierta de la pesadilla producida por la paralizadora idea de que «el eterno retorno signifique el retorno del Todo, de lo Mismo y de lo Semejante, incluido el enano, incluido el más pequeño de los hombres»²⁰, tiene lugar la primera expresión simbólica del que hemos dado en llamar el eterno retorno selectivo:

Subiendo Zaratustra por un sendero vio «a un joven pastor retorciéndose, ahogándose, convulso, con el rostro descompuesto, de cuya boca colgaba una pesada serpiente negra.»

Ante ese ahogo, ante esa asfixia, producida por la serpiente, y que no es sino el ahogo y la asfixia que produce la idea del retorno de lo mismo, Zaratustra tuvo una revelación²¹ y le gritó al pastor:

«¡Muerde! ¡Muerde!

«¡Arráncale la cabeza! ¡Muerde! —éste fue el grito que de mí se escapó, mi horror, mi odio, mi náusea, mi lástima, todas mis cosas buenas y malas gritaban en mí con un solo grito. (...)»

«Y el pastor mordió, tal como se lo aconsejo mi grito; ¡dio un buen mordisco! Lejos de sí escupió la cabeza de la serpiente —: y se puso en pie de un salto.»

«Ya no pastor, ya no hombre, —¡un transfigurado, iluminado, que reía! ¡Nunca antes en la tierra había reído hombre alguno como él rió!»²²

El superar, el resistir la idea del eterno retorno, produce la transformación decisiva de la existencia: transformación de la seriedad y la pesadez a la ligereza de la risa; piensa Nietzsche, por ello, que la esencia de Zaratustra consiste en «cómo aquel que posee la visión más dura, más terrible de la realidad, aquel que ha pensado el «pensamiento más abismal», no encuentra para sí, a pesar de todo, ninguna objeción contra el existir y ni siquiera contra el eterno retorno de éste —antes bien, una razón más para *ser él mismo* el sí eterno dicho a todas las cosas, «el inmenso e ilimitado decir sí y amén.»»²³

La «alegría» del eterno retorno, su auténtica identidad, su fórmula suprema de afirmación²⁴, es la del «Ser selectivo»²⁵: es el propio eterno retorno el que opera la selección, el que hace de principio selectivo: «*Mi doctrina dice así: vivir de tal manera que tengas que desear que vivir de nuevo sea la tarea —¡lo harás de todos modos!*»²⁶

La repetición se hace imperativa y positiva: lo que uno quiera, dice la enseñanza nietzscheana, ha de quererlo de tal manera que quiera también su eterno retorno —pues, ¡retornará de todos modos! Se trata, tal y como lo explica el filósofo en *El crepúsculo de los ídolos*, del «decir sí a la vida incluso en sus problemas más extraños y duros; la voluntad de vida (...). No para desembarazarse del espanto y la compasión, no para purificarse de un afecto peligroso mediante una vehemente descarga de ese afecto (...): sino para, más allá del espanto y la compasión, *ser nosotros mismos* el eterno placer del devenir, —ese placer que incluye en sí también el *placer de destruir* (...)»²⁷

Y bien, si hemos decidido traer aquí la experiencia nietzscheana acerca del eterno retorno, esa experiencia que vive la repetición como el objeto mismo del querer, es porque, tal y como veníamos anticipando, pensamos que participa de la misma lógica que moviliza el texto-Egoyan: pues en Nietzsche, pero también en Egoyan, si la repetición es lo que mata, es, asimismo, lo que salva; porque en la repetición reside, al mismo tiempo, lo que encadena y lo que libera, lo que vive y lo que muere; porque de la repetición depende la destrucción, pero, también, una suerte de extraña y nueva salvación.

EL ETERNO RETORNO, O EL «PERPETUO ORGASMO» NIETZSCHEANO

Retomemos, así pues, el film ahí donde lo dejamos.

Cuando en *The adjuster*, finalmente, todo arde, ¿qué ocurre? Que mientras Bubba se destruye, se aniquila, en el incestuoso goce del fuego, Noah, se salva, sobrevive a él.



Y, entonces, salvado, vuelve al punto de partida, al primer incendio: ahí donde todo comenzó; el recuerdo se ha desencadenado.



Y empieza a dar vueltas y vueltas alrededor del círculo del eterno retorno.



Noah, vacilante, se aproxima a las hermanas, estira su mano, la mira de un lado, la mira del otro, y la pone sobre el hombro de Hera: se trata del primer —y por ello fundante— acto imaginario de tocar su hendidura, su pérdida, su falta: la serie se fija, el tiempo se detiene: una y otra vez hemos visto a Noah llegar al lugar del siniestro, contemplar el sufrimiento de sus desvalidas víctimas y tratar de tocarlo, de palparlo, de taponarlo, ¿cómo?, pues así, tendiéndoles la mano.



Volvemos, entonces, al presente: locura, angustia, pánico, desintegración, pero, sobre todo, risa.



Una risa loca, enfermiza, crispada —¿será esta la risa de la que nos habla Zaratustra?²⁸



Sea como fuere, Noah, finalmente, ríe —y goza; es el eterno retorno, o el «*perpetuo orgasmo*»²⁹ nietzscheano.



NOTAS

- 1 Hay una peculiar conexión de fundamentación entre las cuatro ideas básicas de Nietzsche: el superhombre se basa, en cuanto a su posibilidad, en la muerte de Dios; ésta, en el conocimiento de la voluntad de poder; y ésta, a su vez, en la idea del eterno retorno —idea, plantea Eugen Fink, más aludida que realmente expresada, pues el centro de su pensamiento rehuye la palabra. Véase FINK, E.: *La filosofía de Nietzsche* (1966), Madrid, Alianza Editorial, 1979, p. 100.
- 2 NIETZSCHE, F.: *Fragmentos póstumos*, Madrid, Abada Editores, 2004, p. 220.
- 3 NIETZSCHE, F.: *Así habló Zaratustra* (1886), Madrid, Alianza Editorial, 2003, p. 36.
- 4 NIETZSCHE, F.: *Así habló Zaratustra* (1886), op. cit., p. 36.
- 5 Véase GONZÁLEZ REQUENA, J.: *Dios*, en Trama y Fondo n° 19, Madrid, 2005.
- 6 FINK, E.: *La filosofía de Nietzsche* (1966), op. cit., p. 86.
- 7 NIETZSCHE, F.: *Así habló Zaratustra* (1886), op. cit., p. 37.
- 8 Véase GONZÁLEZ REQUENA, J.: *Dios*, op. cit., p. 43.
- 9 NIETZSCHE, F.: *Así habló Zaratustra* (1886), op. cit., p. 65.
- 10 «La abyección es inmoral, tenebrosa, amiga de rodeos, turbia: un terror que disimula, un odio que sonríe, una pasión por un cuerpo cuando lo comercia en lugar de abrazarlo (...).» KRISTEVA, J.: *Poderes de la perversión* (1980), Buenos Aires, Siglo XXI, 1988, p. 11.
- 11 LACAN, J.: *El Seminario 7: La ética del psicoanálisis* (1959-960), Buenos Aires, Paidós, 2000, p. 84.
- 12 Citado en: WEINRICHTER, A.: *Emociones formales: El cine de Atom Egoyan*, Valenciana, Filmoteca Generalitat, 1995, p. 62.

- 13 Afirmación después de la cual relata Nietzsche la vivencia casi mística que tuvo en agosto del año 1881 en Sils-Maria, junto al lago de Silvaplana a través de los bosques: «Entonces, dice, me vino ese pensamiento», el pensamiento más hondo, el pensamiento del eterno retorno. NIETZSCHE, F.: *Ecce homo* (1888), Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 103.
- 14 Véase: DELEUZE, G.: *Nietzsche* (1965), Madrid, Arena Libros, 2000 y DELEUZE, G.: *Nietzsche y la filosofía* (1971), Barcelona, Editorial Anagrama, 1971.
- 15 Véase FINK, E.: *La filosofía de Nietzsche* (1979), op. cit.
- 16 DELEUZE, G.: *Nietzsche* (1965), op. cit., p. 49. Así mismo véase principalmente NIETZSCHE, F.: «De la redención», «De la visión y del enigma» y «El convaleciente» en *Así habló Zaratustra* (1886), op. cit.
- 17 NIETZSCHE, F.: *La ciencia jovial* (1882), Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, p. 327.
- 18 Pues es de eso, de una pesadilla, de lo que le habla Zaratustra al enano en «De la visión y el enigma»:

«Cada una de las cosas que *pueden* correr, ¿no tendrá que haber recorrido ya alguna vez esa calle? Cada una de las cosas que *pueden* ocurrir, ¿no tendrá que haber ocurrido, haber sido hecha, haber transcurrido ya alguna vez?

Y si todo ha existido ya: ¿qué piensas tú, enano, de este instante? ¿No tendrá también este portón que haber existido ya? (...)

Y esa araña que se arrastra con lentitud a la luz de la luna, (...), y yo y tú, (...) –¿no tenemos todos nosotros que haber existido ya? (...) ¿no tenemos que retornar eternamente?

Así dije, con voz cada vez más queda: pues tenía miedo de mis propios pensamientos y de sus trasfondos. Entonces de repente, oí aullar a un perro cerca. (...)

¿Adónde se había ido ahora el enano? ¿Y el portón? ¿Y la araña? ¿Y todo el cuchicheo? ¿Había yo soñado, pues? ¿Me había despertado? *De repente* me encontré entre peñascos salvajes, solo, abandonado, en el más desierto claro de luna.» NIETZSCHE, F.: «De la visión y del enigma» en *Así habló Zaratustra* (1886), op. cit., pp. 230-321.
- 19 DELEUZE, G.: *Nietzsche* (1965), op. cit., p. 50.
- 20 DELEUZE, G.: *Diferencia y repetición* (1968), Buenos Aires, Amorrotu, 2002, p. 437.
- 21 «El concepto de revelación, en el sentido de que de repente, con indecible seguridad y finura, se deja *ver*, se deja oír algo, algo que lo conmueve y trastorna a uno en lo más hondo, describe sencillamente la realidad de los hechos. Se oye, no se busca; se toma, no se pregunta quién es el que lo da; como un rayo refulge un pensamiento, con necesidad, sin vacilación en la forma –yo no he tenido jamás que elegir.» NIETZSCHE, F.: *Ecce homo* (1888), op. cit., p. 107.
- 22 NIETZSCHE, F.: *Así habló Zaratustra* (1886), op. cit., p. 232.
- 23 NIETZSCHE, F.: *Ecce homo* (1888), op. cit., p. 113.
- 24 «A todos los abismos llevo yo entonces, como una bendición, mi decir sí.» NIETZSCHE, F.: *Así habló Zaratustra* (1886), op. cit., p. 239.
- 25 DELEUZE, G.: *Nietzsche* (1965), op. cit., p. 50.
- 26 En *Aurora*, citado en DELEUZE, G.: *Nietzsche* (1965), op. cit., p. 111.
- 27 NIETZSCHE, F.: *El crepúsculo de los ídolos* (1889), Madrid, Alianza Editorial, 1994, p. 152.
- 28 «Vosotros hombres superiores, esto es lo peor de vosotros: ninguno habéis aprendido a bailar como hay que bailar - ¡a bailar por encima de vosotros mismos! ¡Qué importa que os hayáis malogrado! ¡Cuántas cosas son posibles aún! ¡Aprended, pues, a reiros de vosotros sin preocuparos de vosotros! Levantad vuestros corazones, vosotros buenos bailarines, ¡arriba!, ¡más arriba! ¡Y no me olvidéis tampoco el buen reír!

Esta corona del que ríe, esta corona de rosas: ¡a vosotros hermanos míos, os arrojo esta corona! Yo he santificado el reír; vosotros hombres superiores, *aprendedme* - ¡a reír!» NIETZSCHE, F.: «Del hombre superior» en *Así habló Zaratustra* (1886), op. cit., p. 401.
- 29 NIETZSCHE, F.: *Mi hermana y yo* (1951), Madrid, Edaf, 2003, p. 187.